

Los vencidos y las víctimas

En líneas generales, hay dos modos muy simples de responder al desafío moral y político que nos impone el terrorismo. Una es la de resistir y otra la de entregarse a la razón terrorista, convirtiéndose en vencido. A veces los resistentes terminan siendo víctimas o incluso siendo asesinados, como Martín Carpena, pero los vencidos son muertos morales que sólo esperan conservar su pellejo administrando la muerte de los resistentes -que siempre deploran- y los crímenes de los terroristas -cuyas causas comprenden.

Este enésimo asesinato de ETA -séptimo tras la seudotregua, pero qué más da este dato contable- nos empuja hacia la reflexión más melancólica, aquella que duda hasta de la eficacia del reflexionar. Sólo apetece escribir un artículo al estilo de aquel poema de Gertrude Stein dedicado a la rosa («una rosa es una rosa es una rosa...») que también se limite a enunciar que un asesinato es un asesinato es un asesinato y nada más que un asesinato. No es ninguna tontería. Durante el secuestro sádico e interminable de José Antonio Lara, se celebró en San Sebastián, organizada por el grupo Denon Artean, una concentración ciudadana que participaba de ese mismo espíritu enunciativo. La protesta consistió en ir contando en voz alta los días que aquel hombre llevaba secuestrado. Era tremendo el efecto de la enumeración de las jornadas de angustia de aquel secuestro monstruoso, donde las cifras elementales denunciaban la noche sin fin de un ser humano confinado en un zulo asqueroso, contabilidad más conmovedora que cualquier sesuda denuncia analítica de muchas páginas.

Hoy, tras el asesinato de Martín Carpena en Málaga, apenas apetece otra cosa que ponerse a enumerar en voz alta el número de los asesinatos perpetrados por ETA. En efecto, la denuncia analítica produce a veces un efecto anestésico, normalizador, diferente del pretendido. La solemne declaración de rechazo de lehendakari Ibarretxe, por ejemplo, producirá la extraña sensación de que ese asesinato se sigue lógicamente de una situación política que tiene un arreglo político cuya llave pretende poseer ese mismo lehendakari de patética incompetencia.

Es normal que ese género de declaraciones rituales indigna a las personas que se rebelan ante la mera idea de que cualquier asesinato pueda ser normalizado, digerido, cartografiado mediante los mismos pretextos políticos -contencioso histórico, ámbito de decisión, territorialidad- que invocan los asesinos. Es normal que estemos asqueados de la cantinela nacionalista consistente en condenar a ETA de tal modo que al hacerlo explican su inevitabilidad cuando no su necesidad, pues son muertes como las de Martín Carpena las que justifican la persistencia de un contencioso histórico entre España y Euskalherria del que nacería -dicen ellos, pero es falso- el nacionalismo. Vosotros morís, luego nuestra existencia

«La denuncia analítica produce a veces un efecto anestésico, normalizador, diferente del pretendido. La solemne declaración de rechazo de Ibarretxe, por ejemplo, producirá la extraña sensación de que ese asesinato se sigue lógicamente de una situación política que tiene un arreglo político cuya llave pretende poseer ese mismo lehendakari de patética incompetencia»



Miembros de la Corporación malagueña portan el féretro de Martín Carpena

«Es normal que estemos asqueados de la cantinela nacionalista consistente en condenar a ETA de tal modo que al hacerlo explican su inevitabilidad cuando no su necesidad, pues son muertes como las de Martín Carpena las que justifican la persistencia de un contencioso histórico entre España y Euskalherria del que nacería —dicen ellos pero es falso— el nacionalismo»

tencia es necesaria, dicen los vencidos a las víctimas. Con lo que se justifica lo que se decía condenar.

Ese modo repugnante de transferir la horrible tragedia del asesinato en mera nota a pie de página o línea de una contabilidad política que luego se busca administrar para

obtener beneficios es, todos lo sabemos, usual entre los líderes nacionalistas moderados vascos (los radicales no se molestan en ningún tipo de condena). Y eso nos lleva, o les lleva a ustedes, lectores, al País Vasco desde donde yo escribo estas consideraciones sobre el enésimo asesinato

sin mucho ánimo ni convicción de que sirvan para mucho más que la estremecedora enumeración en voz alta de los más de ochocientos y pico asesinatos producidos por el terrorismo en España.

Por fortuna, esto sirve para mucho. Por ejemplo, para desnaturalizar el asesinato. Porque la naturalización del terrorismo, la conversión de esa perversidad en mera contingencia de la naturaleza, la historia y la costumbre, es el primer paso para su victoria. Al condenar estos asesinatos muchos suelen decir, con la mejor de las intenciones, que los asesinatos no son humanos o, con intención solidaria, que nos son vascos, sino asesinos. ¡Ay!: son vascos asesinos, para la vergüenza del resto de nosotros los vascos. Y desde luego son humanos. Asesinan, de hecho, porque siendo humanos comprenden el efecto demoledor de sus hazañas.

Y porque ellos son humanos también sabemos nosotros que el único modo de acabar con ellos es el muy humano de asumir como nuestra primera responsabilidad la negativa a aceptar el asesinato con pretextos políticos como práctica humanamente aceptable. Para acabar con ETA hay dos cosas esenciales: una, negarse a pactar con ellos ninguna otra cosa que no sea su disolución; segunda, la movilización social, la participación en todo tipo de iniciativas contra ellos y lo que significan.

En un agrio debate parlamentario con Aznar, Anasagasti se traicionó reconociendo, con no poca complacencia y secreta admiración, que ETA era invencible, y que por lo tanto el Estado estaba obligado a pactar con esos supermanes si no quería padecer golpe tras golpe. El corolario es conocido: si no pacta, será irresponsable, por su intransigencia, de los crímenes que se puedan suceder. Cuando alguien piensa así es porque ya está derrotado por ETA, porque ya ha decidido pagar al terrorismo el rescate que reclame. Esto es malo, mucho, pero peor es todavía que el precio a pagar no proceda del propio capital, sino de la vida de terceros. Es repugnante que el asesinato de Martín Carpena sea, para algunos, una mera confirmación de la invencibilidad que atribuyen a los asesinos y de la intransigencia que reprochan al PP.

Lo cierto es que este noveno concejal asesinado del PP ha sido víctima no sólo de cuatro balazos a traición, sino de los cálculos indecentes de ciertos políticos vascos -y muchos admiradores de otras partes- que, para perpetuarse en el poder, suman y restan de sus apoyos las vidas ajenas. Su derrota moral es completa, la política es cosa de días. A Martín Carpena no podemos devolverle la vida que le han arrancado en Málaga en nombre de falsas querellas vascas, pero sí podemos y debemos asegurar en su memoria que los vencidos no prevalecerán sobre las víctimas.

Carlos MARTÍNEZ GORRIARÁN